



## ORACIÓN

PRONUNCIADA EN SAN LUIS DE POTOSÍ EL 23 DE JUNIO DE 1896, EN LOS FUNERALES DE SOR MARÍA DE LOS DOLORES MONTES DE OCA Y OBREGÓN, HERMANA DE LA CARIDAD.

*Mortuaque est ibi Maria, et  
sepulta in eodem loco.*

Núm., XX, 1.

Allí, en el desierto de Sin, murió María, y en el mismo lugar fué sepultada.

**N**o vengo, señores, á hacer el panegírico de mi propia hermana. Poco modesto sería tejer los elogios de quien estuvo á mí unida por los vínculos de la sangre; y poco interesaría, quizá, á la mayor parte de los oyentes la relación de sus virtudes no habiéndola jamás conocido. Pero no he podido menos que subir al púlpito y dirigir á mi grey algunas palabras al ver la concurrencia tan numerosa como selecta que se ha agrupado en derredor de este féretro. La presteza con que habéis acudido á mi invitación exige que os dé las gracias más sinceras. El empeño que habéis tenido en acompañarme en mi duelo,

acabando de uniros á mi gozo al celebrar hace apenas tres meses mi jubileo episcopal, demuestra, no sólo la estrechez de los vínculos que os unen á vuestro Prelado, sino el afán de hacer de los mismos público alarde, y de aparecer á los ojos de todos, según la expresión de San Cipriano, una feligresía ligada intimamente con su jefe espiritual, un rebaño adherido á su Pastor: *plebs sacerdoti coadunata et Pastori suo grex adhaerens*.

Otra manifestación no menos significativa veo en el concurso que me rodea. La difunta cuya memoria venís á honrar era, no sólo la hermana, según la carne, de vuestro Obispo, sino miembro de una numerosa sociedad que tiene por único fin imitar á Nuestro Señor Jesucristo en la práctica de las obras de misericordia, espirituales y corporales, y colmar de beneficios á todos, pero especialmente á los pobres; sociedad esparcida por todo el mundo, y dividida, á guisa de árbol frondoso, en varios ramos de diversa importancia y magnitud, que dan su sombra, ya por un lado, ya por otro, según la disposición del soberano Sol de eterna justicia; sociedad que en toda su plenitud y bajo todas sus formas se esparció por nuestra República, difundiendo el bien en todos, sus ángulos; pero quedó reducida á sus ramales menos importantes, arrebatando el torbellino de las pasiones humanas al gremio

precisamente más útil, más benéfico, más interesante; gremio á que perteneció la finada religiosa. Se me figura, por tanto, que al venir á postraros ante el ara enlutada, queréis pregonar vuestros sentimientos de simpatía y de afecto á todas las familias del Padre de los pobres, San Vicente de Paúl, pero muy particularmente á la Congregación de las Hermanas de la Caridad.

Veo, por último, en este concurso, tan numeroso como variado, el anhelo por hacer un acto de fe, público y sin miedo, en el dogma consolador de la comunión de los santos; un acto de adhesión á las costumbres de nuestros mayores, que nos enseñaron á orar por los difuntos y ayudarlos á mitigar el fuego del Purgatorio, no sólo en lo particular y con sencillas oraciones, sino con esas preces solemnes, ese canto imponente, ese aparato conmovedor que prescribe la sagrada liturgia y que hace que nuestras plegarias suban hasta el trono del Eterno, unidas entre sí y unidas á las de la santa Iglesia, á semejanza de esas columnas de humo que salen de los diversos pebeteros é incensarios que veis en derredor, y juntándose en una sola, ascienden y van á perderse en el espacio.

¿Cómo callar en semejantes circunstancias?  
¿Cómo no exhortaros á perseverar en vuestros cristianos sentimientos, á continuar la

manifestación de vuestras religiosas simpatías? ¿Cómo no mostraros mi reconocimiento por vuestro filial cariño y vuestras afectuosas lágrimas? Es lo que voy á hacer brevemente, antes de dar la absolución que prescribe el rito sobre el féretro de SOR MARÍA DE LOS DOLORES MONTES DE OCA Y OBREGÓN, Hermana de la Caridad según la regla de San Vicente de Paúl.

## I

Que el orar por los difuntos para que se les remitan las penas debidas aún por sus pecados sea un pensamiento saludable al par que santo, es la firme creencia de la Iglesia cristiana, y lo era ya de la israelítica muchos siglos antes que Judas Macabeo mandara ofrecer sacrificios por los soldados caídos en la batalla de Odolán. *Sancta et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.* Las honras fúnebres que aquellos piadosos guerreros celebraron por sus conmlitones difuntos, con la pompa militar que convenía á los que luchaban por las leyes patrias y la religión de sus padres, habían tomado otro aspecto todavía más solemne cuando José, virrey omnipotente de Egipto, decretó los últimos honores á su padre Jacob. Al costoso embalsamamiento del venerado

cadáver, siguieron setenta días de llanto. Inmensa muchedumbre de nobles y de pueblo, de carros y caballos, lo condujo á través de inmensos arenales hasta la tierra de Canaan. Nuevos funerales de siete días se celebraron al arribar el numeroso cortejo á la otra ribera del Jordán. Su hijo, llegado á la cumbre del poder, pagaba justamente con estos honores los que el santo Patriarca, al sepultarla en Efrata, había tributado á su esposa Raquel, la dulce Raquel, cuyo fúnebre monumento conmueve aun hoy día al piadoso peregrino que de Jerusalén se dirige á Belén. Abraham había comprado mucho antes una caverna que sirviera de tumba á su esposa Sara, caverna en que Isaac y Rebeca, y el mismo Jacob, quisieron descansar, aguardando en el mismo lecho mortuario el día de la resurrección.

Aunque sin esta esperanza, y ofuscada entre ellos, si no extinguida totalmente, la creencia en la inmortalidad del alma, los pueblos paganos han acostumbrado honrar la memoria de sus muertos con solemnidades que aun los cristianos han imitado. En las actas de los mártires encontramos que se usaban los perfumes y el bálsamo y ungüentos preciosos al dar á aquellos héroes gloriosa sepultura, ni más ni menos que como lo practicaban sus paganos perseguidores. Acompañaban los romanos á sus difuntos hasta la pira ó sepulcro con multitud

de antorchas encendidas, como hoy día se acostumbra. Con luces, igualmente, llevaron los apóstoles el venerando cuerpo de la Virgen santísima. Solemnes fueron las exequias que por medio de Gamaliel hicieron los mismos apóstoles al protomártir Esteban. Increíble parece la pompa con que, desafiando las iras de los gentiles, honraron sus fieles diocesanos al insigne obispo y mártir San Cipriano, conduciéndolo á la tumba con incontables cirios, con gran número de cantores, con inmenso acompañamiento, entre el humo del incienso y entonando salmos y cánticos.

En los funerales de Constantino, en los del obispo Cesáreo y de Gorgonia, hermanos ambos de San Gregorio Nacianceno; en los del Crisóstomo; en los de Santa Macrina, hermana de San Gregorio Niseno, el divino sacrificio se celebra con toda pompa, entre nubes de incienso, millares de antorchas, melodiosos salmos y ricos perfumes. Tal lo acostumbra la Iglesia, tal lo prescribe el rito en los entierros de los Sumos Pontífices, de los Reyes y Príncipes, de los grandes de la tierra, de los preladados, sacerdotes y fieles en general, según el rango que han ocupado en el mundo.

Es cierto que hasta en estas fúnebres ceremonias se introdujo la vanidad y empezó á predominar el excesivo lujo. Es cierto que tuvo que restringirse en muchos casos la demasiada

pompa, y fué preciso inculcar que lo que importan son los sufragios, que el sacrificio de la Misa es lo que más alivia á las almas del Purgatorio, que la ostentación nada vale, y antes puede perjudicar á los vivos. Pero de aquí á pensar que los augustos ritos de la Iglesia son superfluos, que la salmodia y el canto y el incienso que simboliza las oraciones de los fieles, y los cirios que pregonan, lo mismo que el bálsamo y los aromas, nuestra creencia en la inmortalidad del alma, deben suprimirse, hay mucha distancia.

Me aprovecho, por tanto, de estas solemnes y extraordinarias circunstancias para exhortaros á que seáis profundamente cristianos en el modo de honrar á los difuntos. Muy bien está que en los aniversarios hagáis celebrar multitud de Misas rezadas por las almas de vuestros deudos; pero no omitáis ese sacrificio solemne en que varios ministros del Señor inmolan al Cordero sin mancha, en que los salmos del Rey Profeta se cantan con fúnebre armonía, en que en derredor del túmulo gira el sacerdote bañándolo con agua lustral ó envolviéndolo con el humo del incienso, en que deudos y amigos se congregan en nombre del Señor y elevan unidos sus preces en nombre propio y de la Iglesia. Conservad, conservad esas piadosas costumbres y ritos, y abolid al mismo tiempo cuanto pueda tener resabios de paga-

nismo ó de infidelidad. S. T. T. L. (*sit tibi terra levis*) grababan los antiguos romanos en la lápida funeraria de sus amigos; pero ¡cuánto disuena el leer en escritos de cristianos el «Séale la tierra leve», que nada significa para el creyente! Que los revolucionarios de Robespierre, por miedo de invocar el nombre de Dios, apellidaran Sér Supremo al Creador del universo, cuya existencia no podían negar, se comprende; pero que católicos cristianos pidan á sus amigos que dirijan al *Sér Supremo* sufragios por el alma de algún difunto querido, es altamente disonante. El cristiano tampoco da en el cementerio el *aeternum vale* de los gentiles, sino que escribe en la losa del sepulcro el *depositus in pace* de las catacumbas, *descansa en paz, aguarda tranquilo la resurrección*. Al haceros estas exhortaciones, os felicito y me felicito á mí mismo porque de antemano ponéis en práctica mis consejos, agrupándoos en derredor de este féretro.

## II

¿Me engaño, por ventura, al afirmar que algo más que el simple deseo de venir á orar por el alma de una persona que poquísimos conocisteis, os ha traído ante este féretro? Sobre

él se ostentan las insignias de la Hermana de la Caridad, de la hija de San Vicente, y no parece temeridad afirmar una y otra vez que deseáis hacer una pública manifestación de simpatía hacia el Instituto á que perteneció la difunta y mostrar vuestro reconocimiento por los beneficios que prodigó durante largos años á la República mejicana.

En efecto: desde que vinieron al país las hijas de San Vicente, se fueron encargando poco á poco de casi todos los hospitales, que transformaron desde luego en asilos de verdadera caridad, quitando á los pobres el horror que antes les inspiraban. Se les vió prodigar sus caritativos auxilios á toda clase de enfermos, particularmente en las epidemias que en diversas épocas nos han afligido; se les admiró en los campos de batalla, asistiendo con igual empeño á los heridos de uno y otro bando, calmando los furios del vencedor y mitigando la desgracia del vencido. Millares y millares de huérfanos encontraron en ellas madres amorosas; junto á ellas se estableció el instituto hermano de los sacerdotes de la Misión y á su sombra se crearon, crecieron y prosperaron las *Conferencias* y otras muchas benéficas instituciones.

Estas últimas han quedado, y aquí veis á muchos de sus miembros congregados en derredor. Aún socorren á los pobres las Conferen-

cias de ambos sexos; aún practican sus obras de caridad las Hijas de María; la Congregación de la Misión se consagra aún en ésta y en otras diócesis de la República á la formación del clero en los seminarios que tan bien sabe dirigir. Pero ¿las Hermanas mismas, las Hermanas de la caridad?.... ¡Ay! Hace más de veinte años que no se ve una en nuestro suelo; la generación naciente ni las conoce, y con todo no las habéis olvidado. No faltan quizá entre mis oyentes quienes á ellas debieron la salud y la vida, la educación, la conversión, la virtud. ¿Me engaño al proclamar que vuestra presencia en este templo es una prueba de gratitud y de veneración, una expresión inequívoca de deseos que no os atrevéis á declarar con los labios?

Es todavía más. Esa toca que descuella sobre el féretro no es una simple prenda del hábito religioso; es una bandera, ó mejor dicho, un emblema de fidelidad á la bandera. Ella os recuerda que hubo en nuestro país cuatrocientas heroínas que prefirieron abandonar la patria, y la familia, y aun la esperanza de volver á ver una y otra, antes que ser infieles á la fe jurada, á la regla de vida que se habían prescrito, al instituto que habían abrazado. Al honrar á una, honráis á todas á la par. ¿Qué cualidad más bella, en efecto, sobre todo en una mujer, que esa fidelidad á toda prueba; que esa

constancia inquebrantable; que esa invicta perseverancia? Palidece, ante semejante cuadro, el valor del soldado que se deja hacer pedazos por los sables enemigos antes que abandonar el estandarte que se le ha confiado. En éste, por largo que sea el combate, dura apenas breves minutos, pocas horas si acaso, no pasa de seguro de un día; pero á aquellas pacíficas amazonas ha sido indispensable luchar veintidós años, sostener una batalla constante día tras día y hora tras hora, sin que haya habido un solo momento en que el enemigo dejara de pugnar por arrebatarnos la gloriosa enseña. Honremos, honremos la fidelidad á la bandera simbolizada en esa blanca toca de Hermana de la Caridad.

### III

He subido al púlpito con el firme propósito de no elogiar á mi propia hermana, y al admirar á sus compañeras no pude menos que comprenderla en la alabanza general. Pues ya falté á mi resolución, no llevéis á mal que os diga acerca de su vida breves palabras. Nadie de mí se burle, decía San Agustín (*Confes.*, lib. ix), si lloro algunos minutos por la madre que tanto lloró por mí; antes bien, si tenéis caridad, unid á las más vuestras lágrimas y llorad

por mis propios pecados ante el Padre de las misericordias. ¿Será temeridad el imitar al insigne Obispo de Hipona, y solicitar, como él, vuestra indulgencia si lamento por breves instantes la pérdida de mi propia hermana?

Diffíciles eran las comunicaciones en nuestro país hace treinta años. No obstante, muchos de los habitantes de esta ciudad iban á la que era residencia de mi familia, y allí conocieron y trataron á la señora que hoy lloramos. Era el centro de una sociedad, entonces brillante, y amenizaba las reuniones, entonces frecuentes, ya con representaciones dramáticas, ya con poéticas composiciones de su propio numen, en que embebida en el espíritu de aquella época de agitaciones, cantaba de preferencia batallas y guerreros. Era centro igualmente de todas las asociaciones de beneficencia y caridad, en que prodigaba por todos lados favores sin cuento. Este círculo se hizo en breve demasiado estrecho para su celo, y guiada por el venerable sacerdote que es ahora Obispo de Tabasco, se resolvió á subir animosamente *hasta la montaña de Dios*.

Con sorpresa de los que la admiraban en los salones, pero no de los que recibían sus beneficios en el fondo del hogar, se despidió de repente del mundo y abrazó sin vacilar la vida religiosa. Pudo haber escogido uno de esos órdenes de alta enseñanza, cuyos miembros se

dedican á formar niñas de la aristocracia, en donde hubiera podido seguir cultivando su talento, lucir su vasta instrucción y aprovechar sus elevadas dotes literarias. No los había en el país; ¿pero qué era para ella la travesía del Océano, animada con el ejemplo de sus hermanos y excitada por las admoniciones del mayor, que habría deseado mejor verla en el Sagrado Corazón, en las Salesas, ó en la Congregación de Nuestra Señora de Namur? Lejos de esto, quiso hacer el sacrificio completo y entró en el Instituto de las humildes Hermanas de la Caridad, donde más que el talento habían de servirle las fuerzas físicas, y donde su brillante educación tenía que ofuscarse entre los trabajos del hospital y las faenas del orfanatorio ó del asilo. Afortunadamente, robustez le sobraba, y aun en el clima tórrido de Panamá, ni una sola vez, en veintiún años, se extendió sobre el lecho del dolor si no es para morir. ¡Y era la misma que, cuando el 28 de Agosto de 1845 venía al mundo en la capital de Méjico, nacía tan débil que fué preciso que el médico con su propia mano le anticipara el bautismo!

Pocos, poquísimos años, prestó sus servicios de Hermana de la Caridad en la República, y casi todos los pasó en la casa de la Puebla. De allí salió para Veracruz y para Europa, con todas sus compañeras, el año de 1874. La Provi-

dencia, que todo dispone *fortiter et suaviter*, permitió que al mismo tiempo que el huracán revolucionario se desencadenaba sobre Méjico, calmara algún tanto en algunas Repúblicas de la América Central, y cesara de tal suerte en Colombia, que se verificó sin sentirlo la reacción, ó mejor dicho, la evolución religiosa que aun hoy día ejerce sobre aquellos pueblos su benéfico influjo. Así es que la falange de Hermanas mejicanas, no sólo se dispersó en pequeños grupos en diversas casas de España, de Francia, de Italia, del Imperio otomano y de Persia, sino que en Cuerpos numerosos fueron muchas á fundar nuevos establecimientos en la América del Sur y del Centro.

En uno de éstos, y destinada no recuerdo si á Costa Rica ó Nicaragua, iba sor María de los Dolores. Cruzado el istmo que une ó separa las dos Américas, tuvo que detenerse la comitiva en la ciudad de Panamá, en espera de vapor que la condujera á su destino. Llegó el navío; pero los buenos habitantes impidieron el embarque de las religiosas, y con piadosa violencia y obtenidas las licencias necesarias, las obligaron á hacer allí mismo la fundación pedida para regiones más lejanas.

Allí la encontré pocos años después. Empezaba entonces ese movimiento extraordinario, causado por los colosales proyectos del insigne ingeniero llamado por excelencia *el gran Fran-*

*cés*, y que fué grande en efecto, en su obra gigantesca del Canal de Suez, que convirtió el África en isla y tantos bienes ha traído al mundo, y grande en su fracaso al pretender cortar de igual manera el istmo de Panamá. Ya se preparaban esos grandes trabajos que costaron tantas vidas y tantas fortunas, y entre ellas el grandioso hospital, que importó tres millones de pesos y fué confiado á las Hermanas de la Caridad.

Se verificaba al mismo tiempo la resurrección moral y religiosa de Colombia, después de convulsiones tan violentas y tan radicales que á su lado las revoluciones de Méjico son una mera sombra. Al frente de la diócesi de Panamá se encontraba el padre Telesforo Paúl, varón insigne que murió más tarde siendo Arzobispo de Bogotá, y que en esos momentos hacía renacer de sus escombros su catedral; y entre las ruinas, aún informes, de antiguos templos y conventos construídos por los españoles, y destruídos, á pesar de su solidez, por la revolución, los incendios y los huracanes, introducía (y no es exageración) á guisa de palomas que se anidan en los agujeros de dilapidado monasterio, ya sea á sus hermanos de la Compañía de Jesús, ya sea á las Hermanas de la Caridad, con sus huérfanas, y educandas, y enfermos.

Allí encontré á mi hermana; pero si me per-

mitís una reminiscencia de Ovidio, *Heu quantum haec Niobe, Niobe distabat ab illa!* Ya no quedaban huellas de la antigua señorita de sociedad, toda delicadeza y afeites, todo refinamiento y gentileza. Entre pobres y gente inculta tenía que vivir, y con laudable filosofía se despojó del barniz de corte que antes la adornara, para bajar hasta el nivel de aquella iliterata muchedumbre, cuyas almas y cuerpos le estaban encomendados. Ya no los perfumes de París, sino los olores característicos de la cocina y de la farmacia exhalaba su tosco sayal. Con su cesta colgada del brazo izquierdo y su huerfanita sostenida por la mano derecha, recorría el mercado ahogando con su voz aun la de las verduleras y pescadores; pero al mismo tiempo dejando centellear sus ojos con tal dulzura, que los obligaba á ceder en pro del convento más de la mitad de sus ganancias, y á darle las mercancías á vilísimo precio.

Pero no por esto quedó perdida su esmerada educación. Como todo se hallaba en vía de reconstrucción, tenían las Hermanas que hacerse todo para todos, y recibir entre sus educandas aun á las mejores niñas de aquellos contornos. Con ellas tuvo ocasión sor Dolores de seguir cultivando su talento, y voy á deciros la fortuita circunstancia que me descubrió cuánto había trabajado en este sentido.

El voto de pobreza es esencial en todo orden

religioso, pero es muy diverso el modo de practicarla según los diversos institutos. Religioso es el caballero profeso de Malta, ni más ni menos que el capuchino; y el primero habita en dorados palacios, ciñe espada y viste lujoso uniforme, mientras al segundo concede la comunidad un solo hábito para toda la vida, dos pañuelos y un par de sandalias al año, y tosco y escaso alimento dos veces al día. Cierta peculiaridad permite á algunos frailes que emigran á lejanas misiones, mientras otros tienen que despojarse desde luego hasta de las prendas al parecer más necesarias. San Vicente, que, sin duda por inspiración divina, previó los cambios que iba á sufrir la legislación dos siglos más tarde, dispuso sus reglas de tal modo que, según me han asegurado, nada ha habido que innovar aun hoy, por lo que toca á la observancia interior y exterior de la pobreza, mientras que en otros institutos fuerza ha sido recurrir á múltiples *fictiones juris* para escapar á la persecución.

En cuanto á las Hermanas, les es lícito, según una vez me informó la Superiora general, emplear los réditos de los bienes patrimoniales de cada una en obras de caridad á beneplácito de los superiores. En el cataclismo que produjo la salida en masa de las Hermanas de Méjico, este reglamento fué fecundo en beneficios, pues pudieron ayudarse las unas á las otras, y ejercer más tarde la caridad en mayor escala, en

los países adonde fueron á fundar. Tal sucedió, entre otras, á sor María de los Dolores, y muchos viajeros que han tenido en diversas épocas que cruzar el Istmo, nos han traído noticias de la alta popularidad que estas caridades conquistaron á quien las hacía, y á la sociedad de que formaba parte.

Pero hé aquí que quebrantos domésticos, que de rechazo produjeron su efecto aun en la remota Panamá, privaron á sor María de los Dolores de este consuelo tan legítimo. Inquieta por no poder practicar ya la caridad en la escala que antes, y en su inexperiencia haciéndose la ilusión de que las letras dan productos pecuniarios en nuestra América española, desenterró una multitud de composiciones poéticas y dramáticas, elaboradas en sus ratos de ocio y en su mayor parte para instrucción de sus educandas, y me anunció que me las iba á enviar para que yo las diera á la luz pública, y con el producto de los dos volúmenes que formarían, tuviera ella lo suficiente para no sé qué fundación que proyectaba. La muerte la sorprendió limando estas lucubraciones, y meditando planes de beneficencia y caridad.

Nada sé deciros todavía de sus últimos instantes; pero sí puedo aseguraros que su desprendimiento era tan perfecto hacía largos años, que no aspiraba ni aun á un sepulcro en la patria. ¡Un sepulcro en la tierra que nos

vió nacer! Aun despojado de toda superstición pagana, es tan natural el deseo de reposar con nuestros mayores, que ni los grandes santos se han avergonzado de nutrirlo y manifestarlo. Cuenta San Agustín que tal sentimiento albergó mucho tiempo su madre Santa Mónica, y añade con admiración que sólo pocos días antes de su fallecimiento olvidó tal empeño. «Poned, dijo la Santa á él y á su hermano, al volver del éxtasis que la recreó en su lecho de muerte, poned este mi cuerpo donde mejor os plazca; únicamente os ruego que dondequiera que os halléis os acordéis de vuestra madre ante el altar de Dios.»

Casi las mismas palabras que la santa matrona dirigió á su hijo á orillas del mar Mediterráneo, y junto á esas bocas del Tíber que han dado su nombre al puerto de Ostia, pronunciaba mi hermana diez y nueve años antes del luctuoso suceso que aquí nos congrega.

Nos hallábamos juntos á orillas del Pacífico, escuchando los rugidos de esas olas que tanto entusiasmaron á Vasco Núñez de Balboa, cuando las contempló por vez primera, y quizá sobre las mismas rocas holladas hace tres siglos por el héroe legendario. Hablaba yo á la hermana desterrada de la dificultad de volver á Méjico, de los muchos años que tenían y quizá tienen que pasar antes que entre nosotros se restablezca su instituto; y ¿lo confe-

saré? piadosamente la tentaba, y observaba con ojo avizor si vacilaba en su vocación. ¡Muy lejos de eso! Mis palabras se estrellaban contra su pecho, como las olas contra los riscos que nos sostenían, y me manifestó con entereza su resolución de seguir á sus compañeras adondequiera que la Providencia las llevara, y de no mendigar jamás ni seis pies de tierra en que reposar en la patria que la había desechado.

Sus votos se han cumplido. Fiel á su bandera, ha expirado gloriosamente en el que para un cristiano y para una religiosa es y debe llamarse el campo del honor. Réstame sólo orar á Dios por ella en unión vuestra, en unión de vosotros mis diocesanos que formáis mi corona y mi gloria. Pero antes quiero daros una vez más las gracias, con toda la efusión de mi corazón, por la parte que habéis tomado en mi dolor. Unidos estuvisteis conmigo en los días de regocijo de mi jubileo episcopal. Pero el pesar, según dicen, une más estrechamente que el júbilo, y lo estoy viendo patente en este día de luto. ¡Oh! Que nada ni nadie venga en adelante á perturbar esta unión tan dulce entre el Pastor y sus ovejas.

Ahora, oh Dios mío, permíteme que con las palabras de tu siervo Agustín (*Confes.*, lib. ix) te dirija mis fervientes plegarias por la que acabas de llevar á tu seno. ¡Oh vida mía, Dios

de mi corazón! Haciendo á un lado sus virtudes y buenas acciones, por las cuales te doy las gracias más rendidas, te ruego que acabes de borrar sus pecados. Óyeme, Dios mío, por la preciosísima sangre de tu Hijo, derramada en la Cruz para medicina de nuestras llagas. Sé, Señor, que fué mi hermana misericordiosa; sé que perdonó de corazón á sus deudores; perdónala, pues, Dios y Señor, sus deudas. No entres en juicio con ella; venza tu misericordia á tu juicio, porque no puede faltar la verdad en lo que prometes, y tú has ofrecido misericordia á los misericordiosos.

Creo, Señor, que ya habrás hecho lo que te pido; pero aprueba, oh Dios, estas palabras de mi boca en que se explica mi tierno afecto..... Descanse en paz con sus hermanas muertas en el destierro. Y tú, oh Señor, inspira á tus siervos, mis hermanos, hijos tuyos y señores míos, á quienes sirvo con la voz, con el corazón y con los escritos, que se acuerden en los altares de María de los Dolores, tu sierva, hermana de su Pastor según la carne, hermana de muchos por el común instituto, hermana de todos por la caridad.

